

Andrés Pan

Hay novelas que vienen precedidas de tal cantidad de elogios y cuyos autores gozan de un prestigio tan incuestionable que al comentarista le resulta difícil iniciar la lectura de un prodigio literario de tales dimensiones sin ciertos reparos. En efecto, el término obra maestra ha sido utilizado con una ligereza tan frecuente a lo largo del siglo pasado que el escepticismo hace acto de presencia, y una voz interior —un tanto avergonzada por el atrevimiento y la osadía de cuestionar algo que ni siquiera se ha leído— nos susurra un impertinente «no será para tanto; ha habido tantas obras maestras que han sido olvidadas a los pocos años...». Además, en este caso, la novela había sido sometida a un tormento despiadado en su adaptación cinematográfica.

En cambio, hemos de confesar desde la humildad más sincera que todos los prejuicios se desvanecen al poco de empezar la lectura de *La decisión de Sophie*. Porque pronto nos damos cuenta de que estamos ante un monumento a la literatura que adopta la vieja y siempre enjundiosa forma de la novela de novelas: una novela que se desarrolla sinuosamente, generosa en digresiones, con unos saltos en el tiempo y en el espacio y una complejidad en los personajes cuya historia e historias conforman; una novela, en fin, que merece sin ningún reparo el título honorífico de obra maestra.

Estamos en el tórrido verano de 1947, en Brooklyn, y un aprendiz de escritor que acaba de despedirse de la editorial McGraw-Hill, toma una habitación barata en El Palacio de la Libertad de Yetta, una casera moderna y liberal con las citas galantes de sus huéspedes. Allí, Stingo trabaja pronto amistad con una pareja de enamorados: Sophie y Nathan. Y a partir de esa amistad a tres, sur-

Una obra sinuosa ambientada en el verano de 1947

## De Cracovia a Brooklyn pasando por Auschwitz



William Styron

La decisión de Sophie

Traducción de Antoni Pigrau

La Otra Orilla, Barcelona, 2007

gen toda clase de situaciones que el narrador —Stingo— tiene el extraordinariamente difícil hábito de dosificar e interrumpir la información para extenderse en otras cuestiones y regresar a ellas cediendo la voz en muchos momentos a Sophie, una joven cracoviana, católica y superviviente de Auschwitz-Birkenau que inventa y recrea su turbulento pasado ante la contemplación fascinada de un Stingo —mucho más joven que ella— que se enamora tanto como es capaz de hacerlo un joven de veintipocos años.

La dosificación de la informa-

ción que recibimos los lectores llega a crear situaciones tan paradójicas que entre la sonrisa, la carcajada, el escalofrío y el llanto pueden transcurrir tan sólo unos párrafos. Unos sentimientos que traspasan la piel del lector con la eficacia de una prosa juvenil y muy fresca, deslenguada y enérgica, desenfadada en ocasiones, horrible cuando Sophie toma la palabra, hilarante cuando Stingo nos relata sus numerosas frustraciones sexuales que no van más allá de los trabajos manuales de unas pajilleras sureñas reprimidas y muy, pero que muy decentes.

Porque Stingo procede del Sur, y está orgulloso de su origen; y no soporta la petulancia hipócrita de los liberales neoyorquinos que son incapaces de ver más allá de los tópicos esclavistas de sus antiguos enemigos en la guerra civil. Nathan es un de ellos, y sus discusiones suelen terminar en trifulcas hasta que Stingo le da a leer las primeras cien páginas de su novela y las tornas cambian, aunque no para siempre. Porque Nathan es un tipo peculiar, de un encanto arrollador: brillante, divertido, adinerado, judío, pero con un lado oscuro que el lector va descubriendo poco a poco.

Entretanto, Sophie va intercambiando aspectos de su pasado que había falseado en un primer momento: «También debo confesarte, Stingo, que hace algunas semanas te dije otra mentira. ¡Cuántas mentiras te he dicho, Stingo! Soy el colmo de las menteuses, de las

mentirosas». Sophie, la hermosa, sensual, ardiente, frágil, atormentada Sophie necesita poco a poco desvelar la verdad de su vida anterior a Brooklyn, y para ello se sirve de la amistad de Stingo, que tiene, como todo buen escritor, la virtud de saber escuchar.

Una novela donde el gran protagonista, con mayúscula, es el Mal, pero no sólo el Mal de la maquinaria nazi, sino el Mal que se manifiesta en los prejuicios de los yanquis para los confederados y que se encuentra agazapado en la mente de los personajes menos sospechosos de albergarlo. Y las reflexiones, sólidas, profundas, solemnes de Stingo al respecto tienen el vigor de las grandes digresiones que sólo podemos encontrar en las mejores novelas. Stingo, que no puede soportar la comparación de los esclavistas con los nazis, escribe: «Por ende-

Un momento a la literatura que adopta la clásica y sólida forma de la novela de novelas

moniadamente preocupados que hubieran estado a veces los tradicionales esclavistas del mundo occidental ante las dificultades de un exceso de población, los principios cristianos imperantes nunca les permitieron pensar en nada parecido a una "solución final" para resolver el problema del exceso de mano de obra esclava; no se podía matar a un esclavo improductivo por cara que resultase su manutención; debía soportarse al viejo Sam cuando envejecía y se volvía débil, y dejarlo morir en paz. Con el nacionalsocialismo, se barriaron los restos de piedad que pudiesen quedar al respecto. Los nazis, como indica Rubinstein, "fueron los primeros dueños de esclavos que eliminaron cualquier vestigio de sentimientos humanos hacia la mismísima esencia de la vida; fueron los primeros que consiguieron convertir a un grupo de seres humanos en unos instrumentos obedientes por completo a la voluntad de sus dueños, incluso cuando se les mandaba excavar sus propias tumbas para ser fusilados luego en ellas"».

La extremada crueldad ejercida sobre los presos de Auschwitz-Birkenau, se muestra menos rigurosa en la persona de Sophie, que entre medias mentiras, medias verdades y terribles confesiones, nos narra las peripécias de su milagrosa supervivencia. La decisión que tiene que tomar y que da título a la novela, no la esperen hasta las últimas cincuenta páginas. Y les aseguro que no la echarán en falta, tan grandiosa es *La decisión de Sophie*, tan bien dosificada está la intriga, tantas lecturas tiene y tantas son las avenidas o los sumideros por los que se extravían sus personajes. Unos personajes —oficiales nazis, judíos de la clase alta neoyorquina, católicos polacos, caballeros del sur de los Estados Unidos, víctimas, verdugos— que difícilmente podrá llegar a olvidar el lector.

Entre lo policíaco y la crítica social

## Lo crudo y lo cocido

Manuel Arranz

No me gusta la novela negra. Tampoco me gusta la novela rosa, ni la histórica, ni la erótica, ni la gótica, ni siquiera la filosófica. No me gustan las novelas de ningún color. Lo que no quiere decir que no me gusten el erotismo, la historia o la filosofía, claro está, más bien al contrario. Pero a mí las novelas me gustan sin calificativos, crudas, como el pescado. Y no pienso congelarlas antes de cocinarlas y comérmelas. Si se me indigestan, mejor. Para eso las leo. De modo que con toda probabilidad yo no hubiera abierto nunca esta novela de no venir avalada por una pequeña y exquisita editorial que ya me ha proporcionado varias sorpresas. Y una vez más, ha valido la pena. *Saide*, novela del colombiano Octavio Escobar Giraldo, es una novela de hoy. Esto parece una perogrullada, incluso puede que lo sea, así que intentaré explicarme mejor, pues para la no-

vela ser de hoy no es precisamente una buena recomendación, desde mi punto de vista. Lo que quiero decir en el fondo, es que el mundo, y con mundo me refiero naturalmente a las personas, hombres y mujeres, niños y ancianos, quizás también a los animales, aunque en esta novela salen poco, que lo habitan, y que la novela refleja, y digo refleja conscientemente, y no describe, o recrea, y ni siquiera pinta, es como para poner la carne de gallina a cualquiera. Y lo bueno del caso, o lo malo seguramente, es que no es para tanto. Sus personajes son personas normales y corrientes, con vidas y trabajos normales y corrientes, o que han llegado a serlo, que aman, odian y disfrutan de la vida de una forma normal y corriente, mienten y engañan, sobre todo a sí mismos, con toda normalidad, porque tampoco son muy inteligentes, y ni falta que les hace, cogen autobuses, dan paseos en lancha, viven

en apartamentos infectos donde casi siempre hay un ventilador encendido, beben cerveza, comen mal, trasnochán, se emborrachan, deben un favor a alguien o alguien les debe un favor, tienen conversaciones paupérrimas, e ideas más paupérrimas todavía sobre lo que sucede a su alrededor, y así van tirando, en un mundo bastante pegajoso y maloliente, y no siempre a causa del calor. No sé, tal vez en esto consista la novela negra, ya les he dicho que no soy un experto en el género, pero yo estaría más tentado a considerar negro al mundo que refleja la novela. Eso sí, un mundo lleno de oportunidades, en el que un día usted puede hacerse millonario y al siguiente pueden pegarle un tiro. Aunque también pueden pegarle un tiro sin necesidad de que se haya hecho millonario. Les pondré un único ejemplo para que entiendan de lo que estoy intentando hablarles. Uno de los persona-



Octavio Escobar Giraldo

Saide

Periférica, Cáceres, 2007

jes está hablando de los hombres que llegan cosidos a balazos a las urgencias de los hospitales, generalmente acompañados por una mujer histérica. Quien habla es un médico, un poco corrupto también él, ya me entienden: «Yo creo que aman de verdad a ese hombre

que conocieron hace dos semanas, al que se entregaron dos horas o dos días después de que lo conocieran, borracho, animalizado, del que muchas veces se quedan embarazadas. Por eso gritan, por eso lloran cuando se los quita una bala. Tienen ensangrentado el vestido que les regaló para lucirlas en un bar (...) se abrazan al cuerpo inerte sin importarles que la minifalda se suba...». En fin, yo creo que la escena habla por sí sola. La originalidad de esta novela reside precisamente en que el autor no ha tenido que imaginar nada para escribirla, ni darse un garbeo por los bajos fondos, empaparse de códigos del hampa, ni nada parecido. Le ha bastado con leer los periódicos de su país y ver los teledocumentales. Ah, y tomarse una cerveza de cuando en cuando en el bar de la esquina mientras escuchas las conversaciones de los clientes. Estremecedora, ya les digo, porque lo que cuenta sucede todos los días a nuestro alrededor con la mayor normalidad del mundo. Incluso se ha creado un premio Crónica Negra Colombiana para contarlo, que esta novela ganó por cierto en 1995... Disculpen, pero está entrando otra ambulancia.